
CAPITULO XLII:

CONCLUSION.

UED ahí la historia del apostólico Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas.

¡Cuánto interesa á la Iglesia universal, á la Iglesia mexicana y á la nacion entera!

Célebres, muy célebres han sido en el mundo los misioneros católicos.

Los Apóstoles fueron los primeros que desempeñaron tan alto ministerio. Y en ellos se dijo á sus sucesores: *Id, enseñad á todos las naciones*; (MAT. XXVI) esto es, á las civilizadas que habitan en pueblos y ciudades, y las que moran en los campos ó vagan en los desiertos y en los bosques.

La santa Iglesia de Jesucristo ha desempeñado desde su nacimiento y seguirá desempeñando hasta el fin de los siglos, la sublime mision de la predicacion del Evangelio, por medio de sus ministros. Entre estos han dado una muy distinguida

cooperacion á tan santo ministerio, los cenobitas mendicantes.

El venerable clero secular tiene que establecerse en los pueblos, para vigilar continuamente sobre los que en particular se le confian; los religiosos, que no tienen esa obligacion, están espeditos y lo han estado en todos tiempos para andar de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad y aun de desierto en desierto, haciendo resonar la voz del Evangelio. ¿Y qué dificultad se les ha presentado que no hayan vencido heroicamente en qué lugar de la tierra no ha resonado su voz? ¿qué sacrificios han omitido para el cumplimiento de su alta mision?

Y no solamente han llevado esos apóstoles, por toda la tierra los auxilios del espíritu, las luces de la fé y las mociones con que la virtud despierta los sentimientos mas nobles del corazon; sino tambien han llevado benéficos, por toda la tierra, las artes, las ciencias, la civilizacion, la felicidad social de las naciones.

El baron de Henrion, en su luminosa obra «Historia de las Misiones,» dice:

«Los misioneros tienen por fin procurar, no solo la felicidad eterna, sino la temporal de los pueblos que evangelizan. Impulsados de un noble ardor por la cultura y desarrollo de las inteligencias, y abrazados en tanto solo por la salvacion de las almas, arrancan de la barbárie á los infelices que se entregan á la supersticion, civilizándolos, por lo mismo que los inician en el conocimiento del verdadero Dios, en los deberes del hombre para con su Criador, para consigo mismo y para con sus semejantes. La historia de las misiones católicas no es propiamente mas que la historia de la civilizacion de los pueblos infieles, por la fé.» Hasta aquí Henrion. Oigamos ahora al inmortal Chateaubriand:

«Regenerada ya la Europa, y viendo en ella estos predica-

dores de la fé, una gran familia de hermanos, volvieron los ojos hácia aquellas remotas regiones, en donde aun perecian muchas almas en las tinieblas de la idolatría. Movidos de compasion al ver esta degradacion del hombre, se sintieron con un deseo inmenso de derramar su sangre por la salvacion de aquellos pobres extranjeros. Los antiguos filósofos jamas abandonaron los jardines de Academo, ni las delicias de Atenas, para ir, movidos de un impulso sublime, á humanizar los salvajes, á instruir al ignorante, á curar á los enfermos, á vestir al pobre, y á sembrar la concordia y la paz entre pueblos extranjeros y enaenigos; solo los religiosos cristianos han hecho esto y lo repiten todos los dias. Los mares, las borrascas, los hielos del polo, el fuego del trópico; nada les detiene. Viven con el esquimal, en su casa hecha con pieles de vacas merinas; se nutren con el groelandes, con aceite de ballena; recorren la soledad con el irogués ó el tártaro; cabalgan en el dromedario del árabe ó siguen al cafre, errante en los abrasados desiertos; el chino, el japonés y el indio, han llegado á ser sus neófitos; no hay escollo en el Oceano que haya podido escaparse su áncora, falta tierra para su cuidado, como antes faltaban reinos para las ambiciones de Alejandro!!»

«Cada mision tiene su carácter propio, y los apóstoles de la fé segun la diversidad de estas misiones, han seguido vías diferentes de sencillez, de ciencias, de legislacion, de heroísmo. Es justo motivo de orgullo para las naciones á quienes pertenecen los misioneros, ver salir de su seno hombres que van á hacer brillar en las cinco partes del mundo los prodigios de las artes, de las leyes, de la humanidad y del valor.»

«Los que no creen en la religion de sus padres, confesarán al menos, que si el misionero está firmemente persuadido de

que no hay salvacion fuera de la religion cristiana, el sacrificio con el cual se condenan á males inauditos para salvar á un idólatra, es el mayor de cuantos sacrificios puede hacer la humanidad.»

«Que un hombre, á vista de todo un pueblo, á la de sus padres y amigos, se exponga á la muerte por su patria, nada tiene de extraño: trueca unos cuantos dias de vida, por siglos enteros de gloria: ilustra su familia, le adquiere honores y riquezas, y hace brillar su porvenir. Pero un pobre misionero, cuya vida se consume en el centro de los bosques; un misionero que acaba su vida con una muerte espantosa, sin espectadores, sin aplauso, sin ventajas para los suyos; oscuro, menospreciado, tratado de loco, de necio y de fanático; y todo esto para dar felicidad eterna á un salvaje desconocido, ¿con qué nombre podrá distinguirse esa muerte, y tan extraño sacrificio?

Tales han sido, son y serán los misioneros católicos. Quien vea con indeferencia su importancia y el grandioso cuadro que han presentado en el mundo desde el nacimiento de la Iglesia, escuche al profundo filósofo cristiano, el Dr. D. Jaime Balmes.

«Quien haya leído las vidas de los antiguos padres de desierto, (y lo mismo se puede decir respecto de los monges antiguos y modernos) sin conmoverse, sin sentirse poseido de una admiracion profunda, sin que broten en su espíritu pensamientos graves y sublimes; quien haya pisado con indiferencia las ruinas de una antigua abadía, sin evocar de la tumba las sombras de los cenovitas que vivieron y murieron allí; quien recorre friamente los corredores y estancias de los conventos medio demolidos, sin que se agolpen en su mente interesantes recuerdos; quien sea capaz de fijar su vista sobre esos cuadros, sin alterarse, sin que se exite en su alma el placer de meditar, y ni siquiera la curiosidad de axaminar; bien puede cerrar los

anales de la historia, bien puede abandonar sus estudios sobre lo bello y lo sublime; para él no existen fechos históricos, ni belleza, ni sublimidad: su entendimiento está en tinieblas, su corazon en el polvo.»

Podíamos citar mas y mas de esos luminosos testimonios de hombres tan grandes como Henrion, Chateaubriand y Balmes, pero seria querer formar una obra voluminosa. Basta lo expuesto para que se conozca la utilidad, grandexa y sublimidad de las instituciones monásticas.

Ellas han brillado en todos los siglos de la Iglesia, en todos los pueblos y aun en los desiertos, siempre benéficas, siempre civilizadoras, siempre grandes, y siempre heróicas.

¿Y quién no vé que el apostólico Colegio de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, ha ocupado un lugar brillante y distinguido entre todos los institutos monásticos de la cristiandad? Un sábio escritor contemporáneo, ha dicho que este Colegio apostólico es uno de los mas célebres; no solo de México, sino de todo el mundo católico. En efecto, es así. Ya nos lo dicen evidentemente los rasgos históricos que hemos meditado detenidamente en este libro.

Hemos visto surgir gloriosamente esa santa casa, al començar el siglo XVIII como surgieron gloriosas las humildes celdillas de los discípulos del grande Antonio en la vasta soledad de la Tebaida: como surgió el monasterio el contemplativo Sabas en el Egipto: como se presentaron á la faz del mundo las grutas de los estáticos pobladores del Carmelo y de otros sagrados montes de la venerable Palestina: como el monasterio de san Benito en el monte Casino: como el modelo que fundó en Africa el gran Dr. san Agustin: como la casa de oracion que contrastó con los elevados riscos de la Cartuja: como los institutos mo-

násticos que se multiplicaban en el siglo XIII en la España, en Francia y en Italia, y, finalmente, como los mas célebres del orbe católico.

Al principio del siglo pasado estaba nuestro país, aun en la cuna de la civilizacion: nuestras fronteras estaban llenas de tribus salvajes, que vagaban errantes por vastos desiertos, sumidas en las terribles sombras de la ignorancia, del error, de la idolatría: los fieles que habitaban el interior del país necesitaban de mas y mas instrucciones para corroborar su fé y abrazar con firmeza la práctica de las virtudes cristianas. En tonces se vió formarse en el santo silencio del claustro grandes lumbreras de ciencia verdadera que debian ir á brillar en nuestros desiertos para iluminar las inteligencias de nuestros hermanos que estaban sentados bajo las tristes sombras de la muerte. Allí, en el claustro de Guadalupe, se formaban en la virtud mas sólida muchos jóvenes escogidos, que serian la sal para preservar la tierra de la corrupcion del vicio.

Apenas arrullaba el santo colegio á sus tiernos hijos, cuando se veia obligado por la caridad á hacerlos volar á los desiertos. Salian los religiosos guadalupanos, abandonando su vida quieta y segura, y marchaban, los unos á los desiertos de Tejas, los otros á la ardiente costa del Seno mexicano, y otros á las montañas inaccesibles y á las profundas barrancas de la Tarahumara.

Vedlos atravesar, á pié y descalzos, montes, llanuras, bosques, eriales y rios: vedlos hacer resonar su voz como la voz del que clamó en el desierto para preparar los caminos del Señor: mirad que los feroces salvajes descienden de las montañas, salen de los espesos bosques, y se rodean de aquellos hombres extraordinarios que pronto hablan sus idiomas y los instruyen

en la ley nueva que trasformó al mundo: mirad á esos misioneros cosechar gustosos el el fruto de sus asiduas tareas de sus copiosos sudores. Pero ved sus sacrificios, su abnegacion, sus trabajos, sus penas y los peligros mil en que ponen su salud y su vida. Algunos sucumben bajo el peso de los padecimientos y ven marchitarse pronto la lozanía de su juventud: otros ven encanecer sus cabezas, sin haber abandonado sus gloriosas empresas, y otros vuelven cargados de trofeos al seno silencioso y pacífico de su santa casa.

El vasto suelo de Tamaulipas es regado con la sangre de un mártir, y otro riega con la suya los desiertos de Tejas. Era preciso que en la base del altar de Guadalupe lucieran dos palmas y dos coronas de laurel.

Los valles y los montes del Nayarit no se quedaron sin ser santificados por las huellas benditas de los guadalupanos misioneros. Y aunque los primeros esfuerzos para la conquista espiritual de esa comarca, hechos por el mismo venerable fundador de ese Colegio, fueron inútiles debido á la resistencia de los nayaritas; despues se emprendieron nuevos planes, y veinte mil infieles inclinaron sus cervicicos al suave yugo del Evangelio.

Y mientras muchos operarios de la viña del Señor, salidos del claustro de Guadalupe, trabajaban en la conversion de los infieles; otros muchos recorrian el interior del país, no sin inmensos sacrificios y peligros, despertando del profundo létargo de los vicios, como el Seráfín de Asís, los pueblos, las ciudades, las provincias. Los púlpitos, los confesonarios, los campos y las plazas, eran regados con sudores de los hijos del inmortal Margill

Y los impios, se convertian, y lloraban los pecadores y respiraban los justos.

La paz de la conciencia revivia en los individuos, la paz doméstica se establecia en las familias, y la paz social nacia y se consolidaba en los pueblos.

¡Cuánta ayuda tenian los misioneros de otros monasterios ¡cuánto auxilio el venerable clero secular! y ¡cuánto consuelo los Illmos. Prelados de la Iglesia mexicana! Dígalo la historia, testifíquelo la tradicion, consérvenlo los monumentos.

Mas dejad de contemplar esos apóstoles en el centro y en las orillas del país, y fijad un momento la vista en el interior de su monasterio. ¿Que hacen allí, los que allí están? ¿descansan? ¿duermen? ¿se recrean? No, por cierto, trabajan, estudian, oran y se preparan con la práctica de la virtud, con la meditacion y con la penitencia, para salir de ese santo silencio cuando lo ordena la voz de la obediencia, la voz del Señor.

Y no penseis que esos hombres estrordinarios, trabajadores, contemplativos y austeros, tengan un carácter melancólico, adusto y repulsivo; no, mil veces no. La sabiduría brilla en sus frentes, la virtud y la amabilidad en sus semblantes, la sonrisa del justo en sus lábios, y la amistad, la caridad y la dulzura en sus palabras: se presentan alegres y generosos en la choza del pobre, y humildes, modestos y gustosos en los palacios de los ricos: los vereis fervorosos en el púlpito, sensibles en el confesonario, devotos en el altar y urbanos, obsequiosos y modestos en medio de las grandes sociedades: son amigos del pobre y del poderoso.

Y, atended, lo que fueron esos varones respetables en el principio de la existencia de su santo instituto, fueron despues, y fueron siempre, lo fueron en el siglo pasado y lo fueron en

el presente; lo fueron cuando se les aprecio por la nacion entera, cuando se les expulsó de su casa, con la cruel exclaustacion; y lo son ahora llorando sin consuelo, sin hogar, sin un pañuelo para limpiar sus lágrimas y sin un palmo de tierra ni una piedra en qué reclinar su cabeza.

¿Y qué se hizo de la santa casa de Guadalupe? ¿qué se hizo de ese monasterio célebre entre los mas célebres? Id y vedlo. Pero si sois católicos, si conservais sentimientos nobles, preparad vuestra inteligencia para reflexionad, vuestro corazon para sentir y vuestros ojos para entregarlos al llanto. Id, ved..... ¡Ah! ¡el apostólico Colegio de Guadalupe está desolado! Su templo está pobre, y ya no se deja ver en él aquel magnífico culto que bajo sus bóvedas y sobre sus altares se daba al Señor en otro tiempo: en su atrio se siente un *no sé qué* de sentimiento y de dolor, y sus cipreses se mecen misteriosamente al soplo del viento melancólico, como sobre las almenas de un sepulcro: su portería está desolada, súa y llena de escombros: sus claustros están desiertos, lágubres, sombríos, tristes llenos de polvo y de basura: hallareis que faltan puertas, y ventanas porque las arrancó una mano cruel; y vereis destechadas sus celdas: sus patios se presentan como los de un antiguo y arruinado castillo, en que ha crecido la yerba y se arrastran los reptiles del campo: no ¡hallareis en su vasta librería, ni un estante, ni un atril, ni un volumen: su algibe, que en otro tiempo podía competir con los misteriosos estanques de Salomon, presenta turbias sus aguas, antes limpias y cristalinas como las de las nítidas fuentes que se deslizan en los valles: no busqueis sus adornos devotos, históricos y científicos, porque desaparecieron, [como en la edad media las preciosidades del arte y de la ciencia, en la Europa invadida por los bárbaros: ved

su huerta y espacioso vergel, y hallareis en ella un solo cenovita que vive allí como Pablo en la Tebaida, y cuida con trabajo unos tristes árboles, unas cuantas flores y unas miserables legumbres.....!

No, ya no escuchareis en el templo los cantos de David y los Himnos de la Iglesia, como en otro tiempo feliz que..... ¡ay de mí.....ya pasó.....

No, ya no resuenan en el espacioso y magnífico coro los Maitines y Laudes de la media noche, ni las horas diurnas con que un grupo de justos oraba por los pecadores y alababa á Dios: no querrais oír en el presbiterio á las ocho de la noche, la *Tota pulchra* que se entonaba en leor de la encantadora Reina de los cielos y Madre de los mexicanos: envano buscareis en los prolongados claustros á los amables cenovitas..... Ya no escuchareis los dulces saludos con que recibian á sus huéspedes, ni oíreis la voz del *Miserere*, el crujir de las disciplinas, ni los suspiros, ni los cantos de los monges.....!

La santa casa de Guadalupe está desierta y abandonada, como abandonada y desierta veia Jeremías á Jerusalem..... Ha servido de escuela al protestantismo orgulloso, absurdo é hipócrita..... Ha servido de abrigo á gente corrompida..... y de cuartel á las tropas del Gobierno..... Una alma cristiana no puede contemplar esa santa casa semidestruida y profanada, sin sentirse transida de dolor, y sin desear el espíritu del Profeta de los *ayes*, y del Profeta de los gemidos, para llorar sobre las sagradas ruinas de Guadalupe.

Llora, llora, pobre patria mia, porque has perdido una de tus mas preciosas preceas: porque no verás salir ya del claustro guadalupano, apóstoles que moralicen tus pueblos y conviertan á la fé á los hijos de tus desiertos.....

Y ¡quién, patria mia, os privó de tanto bien! ¿Fueron, acaso, las ideas, las pasiones ó los caprichos de los hombres? No, no, los pecados de tus hijos.

México no supo apreciar los bienes que el cielo benigno le concediera. México fué ingrato, México prevaricó..... Y Dios irritado castigó á mi nacion permitiendo la ruina de muchos templos y de todos los monasterios..... Y entre ellos..... ¡ay de mí..... el Colegio apostólico de Nuestra Señora de Guadalupe de Zacatecas, el mas célebre de todos.....!

Lloremos sobre las ruinas de ese convento venerable; no solo su desolacion ¡sino nuestras ingratitudes!

¿Ya no volveremos á ver surgir los muros de Sion? Decian los israelitas en su triste cautiverio, lejos de su país, y pintándose en su mente las ruinas del templo.

Reinó Ciro, y el pueblo guiado por Zorobabel, llegó á la ciudad santa..... El templo comenzó á surgir sobre sólidos cimientos.

Cuando apenas se habia colocado en la cima del edificio, la piedra angular, muchos hijos de Jacob lloraban de gozo porque aparecia de nuevo la casa del Señor, en medio de su pueblo; pero otros lloraban de dolor porque el nuevo templo era inferior al primero. Mas cuando corria á raudales, por distintas causas, el llanto de los descendientes de Israel, se presentó lleno de magestad, en medio del local sagrado, el Profeta Ageo, diciendo: *la gloria de este templo será mayor que la del primero.* Y la gloria del Señor apareció sin sombras y sin figuras en la nueva casa de Dios.

No dudamos predecir sucesos semejantes, respecto del santo Colegio de Guadalupe.

El templo de Jerusalem no estaba semi destruido, sino destruido absolutamente. El Señor movió el corazon de Ciro, y este dió libertad al pueblo para que volviese á su país y reedificase su templo: el Señor moverá los corazones de nuestros gobernantes, y nos darán libertad para reedificar nuestro célebre y muy querido monasterio de Guadalupe.

La gloria del primer templo de la ciudad santa, fué grande porque bajo sus bóvedas augustas apareció el Señor dentro de una nube magestuosa: la gloria del apostólico Colegio de Guadalupe, en su primera época, fué grande, por la observancia de

la regla, por sus sublimes funciones religiosas, por los esfuerzos evangélicos y santidad de sus hijos: vendrá su segunda época, y seguirá glorioso en su observancia, en su culto, en sus misiones entre fieles é infieles y en la perfección que caracterizará á sus religiosos, entre los cuales muchos se elevarán á la cima de la santidad heroica. ¡La gloria segunda será mayor que la primeral entonces se celebrará la canonización de su santo Fundador, y quizá tambien de otros varones venerables de Guadalupe, y sus imágenes se dejarán ver en los altares. La gloria de la segunda época brillará mas que la de la primera.

Entonces se oirá de nuevo el órgano y el canto melodioso, y se verá el culto divino en un esplendor sorprendente y sublime. Entonces resonarán en su agosto coro los Salmos de David, los Himnos y las oraciones de la Iglesia.

Entonces la Salve y la Tota pulcha serán entonadas por cien voces, alabando á la augusta y soberana Prolada de Guadalupe.

Entraremos en los claustros espaciosos y veremos reinar allí la alegría, la fraternidad, la urbanidad y la paz, al lado de las meditaciones, de las austeridades, del silencio, de la contemplación y del estudio.

Saldrán los misioneros, y nadie interrumpirá sus pasos, y harán resonar la palabra divina en las aldeas, en los pueblos y ciudades; en las capillas rurales y en los suntuosos templos, en el campo y en las plazas. Y se convertirá el impío y el pecador, y se fortalecerán los justos!!!

El Gobierno auxiliará á los propagadores de la fé, y volarán á las fronteras, á los bosques y desiertos; y los mexicanos errantes, abrazarán la fé y gozarán de los beneficios de la civilización cristiana.

Entonces huirá el error, el pecado, el vicio y el escándalo, se aplacará la ira divina y lloverá sobre México torrentes de misericordias, de gracias y de bendiciones. Tenemos fundamentos sólidos para esperarlo y prodecirlo así.

Entre tanto, desahoguese nuestro pecho, no temamos regar con nuestro llanto las ruinas del apostólico Colegio de Guadalupe.

En un día será el gozo el motivo de nuestro llanto; ahora lo es el dolor.

Señor Dios de las misericordias: esperamos el día de la indulgencia, porque eres infinitamente bueno; y el llanto de tus

hijos penetrará en tus entrañas paternas. *¿Nunquid in aeternum irascoribus nobis aut extendes iram tuam á generatione in generationem?* No, porque eres nuestro Padre, nuestra esperanza y nuestro amparo. Los que confían en tí serán tan firmes como el monte Sion, y no quedarán frustradas sus esperanzas. Ante tu trono está postrada una bellísima Mexicana, que aboga por México. Es la dulcísima María, que se nacionalizó en nuestro país, y que ha fijado en él sus ojos y su corazón, para que en él permanezcan todos los días.

Y tú, Purísima Madre de México, continúa pidiendo la salvación de tu pueblo.

Hé aquí, Madre mia, concluida la humilde obrita que he escrito y consagrado á tí. Tuya es, Santísima Señora, como tuyo es ese monasterio semi destruido. Acelera el día de su restauración.

Recibe, Madre mia, este mi pobre obsequio, y bendice este humilde libro para que sea en provecho de mi patria, para gloria del Señor, para honra tuya, para perpetuo recuerdo de tu santa guadalupana casa y de sus gloriosos hijos.

¡Ay! dulcísimo amor mio: si mis ojos, como lo espero, ven surgir de nuevo ese Colegio venerando, si mis oídos vuelven á oír la voz de sus hijos, y las alabanzas con que glorifican al Señor y cantan á tu hermosura..... yo lloraré al pié de tu encantadora imagen; pero lloraré de gozo..... y..... ya no desearé otra cosa sino ir á verte en el cielo.

PROTESTA,

La Santidad del Sr. Urbano VIII en sus decretos de 13 de Marzo de 1625 y de 8 de Junio de 1634 dispuso que en los libros que contuvieran milagros ó revoluciones particulares, ó cosas semejantes, que no estuvieran contenidos en los dogmas sagrados, se pusiese una protesta, declarando que respecto de todo eso, no se pide ni se quiere sino una fé puramente humana. En cumplimiento de tan respetables decretos, protesto y declaro todo lo que S. Santidad quiso, y en los términos que lo dispuso, como que me precio, por la misericordia del Señor, de obediente hijo de Nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana.—EL AUTOR.